
Un patriota tacneño

Entre los muchos tacneños que han dado lustre a la Patria, merece contarse don Juan Bautista Eléspuru, a quien bien pudiéramos llamar mariscal póstumo, pues obtuvo tan alta investidura “puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte”, a consecuencia de las heridas recibidas en la batalla de Yungay, el 20 de Enero de 1839, cuando estaba más para pensar en la Eternidad que en los humanos halagos, y fué el único de los grandes mariscales del Perú que no se saboreó las delicias del poder, ni gozó de los honores concedidos a su alto grado militar. La figuración política del General Eléspuru no fué de lo más destacada, no por falta de aptitudes y merecimientos, sino a causa de su excesiva modestia, y su biografía, por lo tanto, puede condensarse en breves líneas.

Era de la tierra hoy irredenta. Vió la luz en Tacna, el año de 1787, fruto del matrimonio del vizcaíno D. Juan Bautista Eléspuru y de la dama tacneña Doña Juana de la Cruz Montes de Oca. Diéronle sus padres una esmerada educación y cuando estuvo ya en aptitud de seguir una carrera, de las cuatro entonces elegibles para un joven de buen origen, la eclesiástica, la del foro, la del comercio y la de la milicia, sus padres escogieron esta última y le hicieron ingresar en calidad de caballero cadete en el Ejército Real.

Dotado el joven Eléspuru de condiciones insuperables para la carrera que había abrazado, pronto mereció el aprecio de sus superiores y a vuelta de pocos años había pasado

por todas las clases subalternas, llegando a la de teniente coronel y jefe de batallón. De subalterno se había hallado en algunas acciones de armas contra los insurgentes en el Alto Perú. Siendo jefe de batallón se le había enviado de guarnición a la plaza de Guayaquil y cuando ocurrió en aquella ciudad el movimiento revolucionario el 9 de Octubre de 1820, el teniente coronel Eléspuru no se encontró presente a ese levantamiento por hallarse a la sazón en Lima, de paso para el Alto Perú, en mérito de una licencia que había obtenido, con cuyo motivo quedó temporalmente sin puesto, pasando sus revistas en el Estado Mayor del Ejército realista de Lima.

Americano de origen, ligado por estrecha amistad con el entonces Coronel Gamarra, que desde hacía algunos años conspiraba en el Ejército del Alto Perú, imbuido en los principios de libertad, deseoso de servir a su patria, Eléspuru resolvió ofrecer su espada a la causa de la independencia de su país, y un día, el 24 de Enero de 1821, abandonó furtivamente con Gamarra y otros jefes la capital y se presentó al General San Martín, en el campamento de Huaura, ofreciéndole sus servicios, que, naturalmente, fueron aceptados.

Eléspuru fué destinado a un cuerpo, el cual pasó luego a formar parte de la división encomendada al General D. Domingo Tristán, quien llevaba como Jefe de Estado Mayor a Gamarra y que tan desastroso fin tuvo en Macacona el 7 de Abril de 1822.

Después de la derrota de la Macacona, Eléspuru fué enviado a la ciudad de Trujillo (donde contrajo matrimonio con la señorita Natividad Martínez de Pinillos), con el encargo de organizar allí un batallón, lo que logró en breve tiempo, y a principios de 1823 se le destinó a formar parte de la expedición Santa Cruz a Intermedios. Lucía ya las presillas de coronel de ejército.

Conocida es la desastrosa suerte que cupo a la hermosa división Santa Cruz en la campaña por la ineptitud de sus jefes. Al volver a la costa, el Coronel Eléspuru se embarcó

con algunos restos de la división en el navío "Monteagudo", con destino al Callao, pero al llegar a ese puerto fué arrestado por orden del Libertador Bolívar, por creerle partidario de Riva Agüero, y deportado a Chile, donde permaneció hasta después de la consumación de la independencia del Perú. Por eso no se le ve figurar en Junín ni Ayacucho.

Desilusionado, siendo ya innecesarios sus servicios militares por haber terminado la guerra de la Independencia, el Coronel Eléspuru, a su regreso de Chile, fué a establecerse en Trujillo, donde residía su esposa, dedicándose entonces al comercio. Allí se hallaba al pasar cerca de aquella ciudad el Gran Mariscal La Mar, que iba a ponerse al frente del ejército para abrir la campaña contra Colombia, y accediendo a las insinuaciones del Presidente, se incorporó al ejército.

Vencidas las armas peruanas en El Portete, depuesto y deportado el Presidente La Mar por el General Gamarra, Eléspuru continuó al servicio de este jefe, con quien, como hemos dicho más arriba, le ligaba estrecha amistad desde los días en que juntos habían servido en el mismo cuerpo en el ejército realista y hecho la campaña en el Alto Perú. Fué nombrado entonces prefecto del departamento de Lima y poco después elevado al rango de general de brigada de los ejércitos nacionales. Cerca de tres años más tarde, a fines de 1832, se le ascendió a general de división.

Tomó parte en la revolución del General Bermúdez, el año 34, y a consecuencia del fracaso de ésta, se vió obligado a refugiarse en Bolivia, en donde permaneció hasta que el Presidente General Orbegoso, con quien le unía parentesco político, le dió salvoconducto para volver al Perú, fijando, a su regreso, su residencia en su ciudad natal.

Con la invasión del territorio nacional por el ejército boliviano, so pretexto de confederación, a órdenes de Santa Cruz, Eléspuru voló a ofrecer sus servicios al General Gamarra, que organizaba algunas fuerzas en el Cuzco para oponerse a la Confederación. Gamarra fué derrotado en Yanacocha, el 13 de Agosto de 1835, y Eléspuru buscó refugio,

junto con otros muchos dispersos, en el Cuzco. Allí permaneció oculto por espacio de ocho días hasta que, burlando la vigilancia de los bolivianos, logró salir de dicha ciudad y venirse a Lima.

Pocos días después de su llegada a la capital, el General Eléspuru fué arrestado y deportado luego a Guayaquil, de donde regresó al cabo de algún tiempo y fué a reunirse con su familia, en Trujillo. Pero su estada allí no podía ser tranquila: temeroso Santa Cruz de la influencia que podía ejercer un jefe del prestigio del General Eléspuru, que no era partidario suyo, había establecido cerca de él una estricta vigilancia, que, propiamente hablando, no le dejaba libertad de acción para oponerse a la Confederación, y tan mortificado se vió por el espionaje, que resolvió venir a vivir a Lima misma, a fin de gozar de mayor libertad y tranquilidad.

Después de algunos meses de residencia en Lima, el General Eléspuru regresó a Trujillo. Ocurrió por entonces el desembarque de la expedición Bulnes, la ocupación de Lima por las fuerzas restauradoras y la campaña del Norte, que culminó con la batalla de Yungay. Tan luego como el Ejército Unido se acercó al Norte, el General Eléspuru se incorporó a sus filas. Organizado este ejército para hacer frente al de la Confederación, que buscaba una batalla decisiva, se confió a Eléspuru el mando de la primera división, compuesta de los batallones Carampangue y Portales, chilenos ambos, y Cazadores del Perú y dos piezas de artillería. El 20 de Enero se empenó la acción en Yungay. Después de tres horas de lucha la victoria se inclinaba del lado de los peruano bolivianos; las tropas de la Confederación habían alcanzado notables ventajas, sobre todo en el centro, donde el regimiento Cazadores de los Andes había sido enviado a apoyar a los batallones Portales y Huaylas, mandado este último por el coronel Vivero, que se hallaban muy diezmados. Al ver flaquear su centro, el General Bulnes ordenó la retirada general a la hacienda de San Miguel, situada a legua y media a retaguardia, y cuando se realizaba esa opera-

ción, se encontró el General Castilla con los batallones Santiago y Huaylas, que, al mando de sus respectivos jefes, coroneles Sesé y Vivero, se retiraban de la línea de fuego. Castilla les ordenó en términos muy enérgicos volver al combate, ofreciéndoles refuerzos. Después de un breve pero duro cambio de palabras de Castilla con Bulnes, que prematuramente se consideraba derrotado, aquél corrió donde el General Eléspuru, que en cumplimiento de la orden del general en jefe comenzaba también a retirarse; lo hizo regresar a las posiciones que había abandonado y lo reforzó con un batallón y un escuadrón de carabineros, que estaban de reserva, a órdenes del Coronel peruano Frisancho. En seguida se puso al frente del batallón Santiago y de un escuadrón de lanceros y con estas fuerzas forzó la línea enemiga por la boca de la quebrada de Ancash arrebatando a los confederados una victoria que ya era suya.

El General Eléspuru, de carácter reservado y taciturno, se hallaba dominado desde días antes de la batalla por una profunda tristeza; tenía el presentimiento de su muerte y así se lo había comunicado a varios amigos. El día de la batalla montaba un caballo blanco y llevaba puesta una levita del mismo color. Cuando Castilla le ordenó que atacase el ala izquierda del enemigo, Eléspuru se puso en marcha a la cabeza de su división. La lucha fué allí encarnizadísima; los batallones de la Confederación fueron dispersados, pero al dar el General Eléspuru la carga final, una bala de fusil le destrozó el muslo derecho, haciéndolo caer del caballo. Recogido inmediatamente y transportado a retaguardia, fué atendido como él se merecía por los cirujanos; mas la herida era gravísima y ni los cuidados de la ciencia ni los desvelos de sus compañeros y amigos lograron preservarle la vida.

Al saber el General Gamarra el desgraciado suceso corrió a visitarlo tratando de confortarlo, y le otorgó allí mismo, cuando aún retumbaba el estampido del cañón, el grado de gran mariscal del Perú. Cuatro días sobrevivió Eléspuru, sufriendo crueles dolores, a la gloriosa jornada en don- ha-

hía caído herido y falleció a las 10 y 45 minutos de la noche del 23 de Enero de 1839, rodeado de su hijo Norberto, oficial del Ejército Restaurador, y de sus amigos. En la mañana de aquel día, casi agónico, le hizo entrega Gamarra de los despachos de gran mariscal, grado que le había conferido el 20 verbalmente y cuyo texto original decía así:

El ciudadano Agustín Gamarra, Gran mariscal de los ejércitos nacionales, Presidente Provisorio de la República, &

Atendiendo a que el general de división don Juan Bautista Eléspuru ha prestado servicios distinguidos a la causa de la Independencia nacional y contraído un mérito relevante, por su comportamiento valeroso en la gloriosa jornada de 20 del actual en que fué destruído el ejército que apoyara la usurpación extranjera; considerando, además, la herida que recibió en el campo de batalla; he venido en nombrarle Gran Mariscal de los Ejércitos de la República. Expídase el despacho correspondiente y comuníquese. Dado en la casa de Gobierno, en Yungay a 23 de Enero de 1839.—**Agustín Gamarra.**—P. O. de S. E.—**Ramón Castilla.**

El presidente ordenó que se celebrasen honras fúnebres por el extinto en todas las capitales de departamento, como se ve por el siguiente decreto:

“El ciudadano Agustín Gamarra, Gran Mariscal de los Ejércitos Nacionales, Presidente Provisorio de la República, etc.

Considerando:

Que es un deber del Gobierno honrar la memoria del Gran Mariscal D. Juan Bautista Eléspuru que, después de haber prestado eminentes servicios a su patria, ha fallecido a consecuencia de la herida que recibió en la batalla de Ancash, donde ilustró su nombre con un comportamiento valeroso;

Decréta:

En todas las capitales de departamento se harán exequias al Gran Mariscal don Juan Bautista Eléspuru con toda la

solemnidad posible, y en esta capital se celebrarán, en la Santa Iglesia Catedral, el día 20 del próximo Marzo, con asistencia del Gobierno, acompañado de las corporaciones civiles, eclesiásticas y militares.

El Ministro General queda encargado de la ejecución de este decreto y mandarlo imprimir, publicar y circular.

Dado en la casa de Gobierno en Lima, a 28 de Febrero de 1839.—*Agustín Gamarra*.—P. O. de S. E. T. A. del General Ministro.—*Manuel de Mendiburu*.

El Gran Mariscal Eléspuru fué tronco de numerosa y distinguida familia.

Carlos A. Romero